

palabra inflamada, que aquellas altas sublimidades del entendimiento y del espíritu, es el cuadro de un hogar católico, de una familia verdaderamente cristiana, que reza ó que canta ese himno del dogma eterno ante la antigua Ermita, ante los campos sedientos, ante la tempestad desencadenada, ante las ondas embravecidas, ó en la soledad de esas noches temerosas, en las cuales rogamos al Dios de toda clemencia por el pecador moribundo, por el pobre sin pan y sin abrigo, por el viajero de los bosques y por el viajero de los mares.

Todo esto nos explica naturalmente, hermanos míos, que los más piadosos Santos, los más excelso Monarcas, los más esforzados caudillos, y las mujeres más insignes de los siete últimos siglos, entre todos los cuales puede decirse que sobresalen San Fernando, San Luis, Santa Isabel de Portugal, San Carlos Borromeo, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Borja, San Francisco de Sales, San Vicente de Paul, Carlos V, Felipe II, Luis XIV, los Berulle, los Olier, Bossuet y Fenelon, obtuvieran sus más fulgentes aureolas en el amor de la Virgen María y bajo el escudo impenetrable de su gracioso Rosario. Así sabemos también que aquellos Pontífices de Roma, cuya memoria es más universalmente venerada, ya por sus acendradas virtudes, ya porque protegieron señaladamente las ciencias y las artes, ó porque trabajaron sin descanso por los triunfos del Cato-

licismo, esto es, Inocencio V, Benedicto XI, Sixto IV, León X, Pío V, Gregorio XIII, Sixto V, Clemente VIII, Benedicto XIII, Benedicto XIV, Gregorio XVI; y, en la segunda mitad del siglo XIX, aquel Pío IX, inspirado como los Profetas, dulce como las Vírgenes y firme como los Apóstoles; y aquel León XIII, que miró el Patrocinio de María como dique inmovible contra las invasiones del error y de la iniquidad, y que escribió de su propia mano tan hermosas Encíclicas sobre la devoción del Rosario, recomendando con singular instancia su uso en las sociedades cristianas: todos estos grandes Papas, repito, sobre ser devotísimos del Rosario de la Santísima Virgen, otorgaron abundantes gracias y enriquecieron con justos privilegios á los fieles que sumergían sus almas en esos piélagos insondables de las grandezas religiosas, de las bellezas morales, de las ternuras castas. Así igualmente hemos podido poseer aquellos ejércitos españoles que luchaban contra el hereje ó contra la morisma, aclamando á la Virgen María bajo el más conocido de sus títulos, y pudimos admirar en muy cercana época aquellos intrépidos jefes y soldados que nos dieron los últimos timbres de nuestra historia; guerreros que he contemplado yo mismo en las costas africanas, con el rosario que les entregaron sus madres, como talismán infalible para alcanzar la victoria, ó para escudarse, al menos, contra una muerte súbita, que les impi-

diera implorar á la Virgen María en el suspiro postrero; y así, por último, hemos logrado ver, henchidos de júbilo inefable, de consolaciones infinitas, á tantos miles de almas extraviadas, de corazones que nos parecían perdidos para el cielo, volver dichosamente á los apriscos católicos, atraídos por el amoroso silbo de la Pastora Divina, y expirar, recitando en un acto de contrición perfecta, la oración que nos enseñó Jesucristo, la Salutación del Embajador celeste, la invocación que legó á la Iglesia Católica el Sínodo Efesino, para confusión del impío y para alegría y esperanza de las almas.

He concluído, Excmo. Señor, y voy á resumir este Discurso. Nosotros hemos examinado las glorias de la Virgen María, y sabemos que Ella es la Primogénita de todas las criaturas, la Cooperadora del Altísimo en la formación de los mundos, la Corredentora con Jesús de la humanidad degenerada, la Reina de los cielos y la tierra, la Emperatriz de todas las Potestades, el Asiento de la Sabiduría Divina, el Espejo de la Justicia Eterna, la Dispensadora de todas las gracias. Hemos visto asimismo que entre todas las dádivas con que plugo á la Madre de Dios iluminar y engrandecer á los pueblos creyentes y á las almas piadosas, la devoción del Rosario es como el sol entre las plantas, es decir, soberano por su luz, soberano por su calor, soberano por su influjo; porque él contiene toda la esencia de nuestros misterios,

sublimó las bellezas de nuestra liturgia, é idealizó la ternura de nuestras prácticas religiosas; porque dió al orbe católico, con los hechos de sus más fervientes amadores, el espectáculo de la más alta sabiduría, hermanada con todo linaje de abnegaciones y virtudes; porque libertó á los pueblos de los furros de la herejía, y del poder y audacia de conquistadores infieles; porque supo hacer de los corazones y las razas un solo corazón y un solo espíritu; porque constituyó el más puro encanto de los hogares cristianos; porque difundió por todas partes, en suma, los tesoros inexhaustos de su fe, de su piedad, de su esperanza y de su misericordia. *Infinitus thesaurus est hominibus, quo qui usi sunt participes facti sunt amicitiae Dei.*

Excmo. Señor: ¡oh y cuánto se arroba y se conmueve el alma al veros consagrar á la Virgen María estos solemnes cultos! Vosotros todos, individuos de la Real Maestranza de Sevilla, nacidos bajo el divino amparo de la Iglesia de Cristo, y al calor de nuestra antigua Monarquía, merecéis á un tiempo las bendiciones de la Iglesia y la gratitud de nuestros Reyes; porque vuestra presencia en este Santuario es como la renovación ferviente y entusiasta de los juramentos que prestasteis, de adorar perseverantemente nuestros dogmas, y de defender con hidalga lealtad nuestras Instituciones. Vosotros no ignoráis que las olas de la impiedad y del error vienen sepa-

rando más y más entre sí los corazones y las almas, y concentran más enconadamente los odios; que el afán horrible del oro, del lujo, de los placeres y de los honores, han venido á formar en nuestras sociedades dos falanges enemigas que se expían y se aborrecen; que para este mal tremendo no hay remedios humanos, como no sean las represiones sangrientas de la fuerza, que acaban de matar toda esperanza de concordia, de bienestar y de abundancia. Vuestro edificante ejemplo, como devotos fieles de la Virgen María, como paladines de sus grandezas y sus prerrogativas, y como celosos propagadores de la devoción de su Rosario, es como aire de superiores esferas que trae ondas salutíferas de vida religiosa y moral sobre los espíritus enfermos. Amantes y cultivadores muchos de vosotros de una ciencia profunda y una filosofía cristiana; nacidos todos de estirpe nobilísima, poseedores de riquezas heredadas de antepasados generosos y espléndidos, y acumuladas, acaso, por secretos de la caridad misma, vosotros confundís á un tiempo á aquellos príncipes y gobernantes de Europa que se muestran tibios ó indiferentes, cuando no hostiles, para con la Iglesia Católica y su Pastor Supremo; á esos sabios de la crítica racionalista y atea que no encuentran dignos de ser alabados sino el descreimiento y la apostasía; á aquellos ricos que no acrecientan su fortuna para socorrer al necesitado y para enjugar lágrimas, sino para caer en la

abyección, ó para poner insidias á la virtud, ó para humillar á sus rivales; enseñáis y atraéis, en fin, á todos los desheredados de la fortuna, que, mirándoos creyentes, modestos, desprendidos y misericordiosos, confundidos con ellos ante los altares de la Santísima Virgen, ya bajo las bóvedas del majestuoso templo, ya en las romerías al Santuario de la montaña ó del bosque, ya en el seno del hogar católico, irán desechando la prevención siniestra de que los poderosos de nuestras sociedades sólo piensan en menospreciarlos ú oprimirlos, y recibirán de vosotros una nueva y esplendorosa luz que les aliente en el trabajo, los ilumine y los salve. ¡Oh Dios mío! Toda alma recta, todo corazón que sepa sentir y amar, ha de mirar estos hermosos momentos como gloria tuya, como dones tuyos, como galardón que ofrecéis á todas las almas buenas, á los felices como á los desventurados, á los que padecen hambre y sed como á los que gozan hartura; y quizá mejor todavía á los que nacieron y vivieron pobres como tú, y amaron y bendijeron su pobreza, para identificarse y ennoblecerse más cumplidamente con la pobreza de tu Hijo muy amado, nuestro Redentor Jesucristo.

Y vosotros todos, hermanos míos, fijad bien en vuestra mente los consejos saludables que por mi humilde ministerio os dirige en este día nuestra Santa Madre la Iglesia. Los apóstoles del error, los genios del mal y de la mentira, os rodean por

todas artes, y os halagan pérfidamente para seduciros y para fascinaros: apartaos de ellos; guardaos de sus escritos y de sus enseñanzas, porque en esa ciencia engañosa mata la letra por su tendencia atea, mata el espíritu, porque su intención impía raya en las monstruosidades más horrenas, en el aborrecimiento satánico de todo orden sobrenatural y de toda moralidad fecunda. Desconfiad aún más de sus promesas, porque ellas no podrían ser cumplidas sino hollando la virtud, vulnerando el Derecho, y pasando sobre ruinas y cadáveres sin atender á los lamentos de las víctimas. No tengáis jamás otros guías ni otros maestros que aquellos que se postren ante los altares católicos para adorar á un Padre común que está en los cielos, y para perdonar y amar por Él á todos sus enemigos: á los que acudan á la Mesa sagrada de nuestros Tabernáculos para recibir al Cristo eucarístico, que es el *Camino*, la *Verdad* y la *Vida*; á los que reconozcan y reverencien á la Santísima Virgen María como Corredentora del mundo, Madre de Dios y Madre de los hombres, Puerta del cielo, Refugio de pecadores, Consoladora de afligidos. Y como testimonio firmísimo de nuestra fe, como prenda de nuestra perseverancia, y como testimonio el más adecuado de nuestro amor y nuestra gratitud en esta Festividad magnífica, repitamos ahora, con todo el fuego de nuestro espíritu, la oración que nos fué enseñada por el Salvador de las almas, y el saludo

inspirado por el Dios Altísimo al Arcángel Gabriel, con la hermosa súplica de la Iglesia á la celestial María:

«Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea El tu Nombre, venga á nos el tu Reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.»

«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.»

«Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.» AMÉN.

